

## ¿Adiós, Ucrania?

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Las revoluciones generalmente no salen gratis. Así al menos puede observarse de cuantas se han producido en la Edad Contemporánea. Lo normal ha sido que una revolución se haya acompañado de algún episodio bélico, bien de carácter civil, bien de carácter internacional, bien de ambos tipos a la vez. Fue lo que sucedió durante la revolución americana y la independencia de los Estados Unidos respecto de Gran Bretaña, en la Revolución Francesa, en la de octubre de 1917 en Rusia o en la china encabezada por Mao Tsé-tung, por poner sólo algunos ejemplos de los más llamativos. No es de extrañar, por tanto, que en Ucrania la revolución que tuvo lugar a primeros de este año esté teniendo como resultado diferentes conatos de violencia. Por su propia definición, una revolución es un cambio político brusco de carácter violento que altera la situación previa existente, subvirtiendo la legalidad.

Las revoluciones, sin embargo, no suelen contar con apoyos unánimes, de forma que siempre hay sectores de la población renuentes a sus propuestas. Es precisamente lo que estamos viendo en Ucrania en los últimos meses. Los revolucionarios de Kiev consiguieron hacer huir al presidente Yanukóvich y hacerse con el poder en contra de la legalidad vigente, provocando de esta manera el rechazo de amplios sectores de población rusófona de las regiones del sur y del este del país, donde ya se han producido los primeros muertos. En consecuencia, llama la atención que los numerosos expertos y asesores de las grandes potencias occidentales y de la OTAN no insistiesen más en esa posibilidad de conflagración bélica o, al menos, de desestabilización del país, cuando, como se ha visto, ha sido una constante en los procesos revolucionarios previos. En tales circunstancias no tiene mucho sentido apelar a la legalidad, puesto que una revolución, en sí misma, es ilegal. Evidentemente, los referendos celebrados en las regiones de Donetsk y Lugansk son asimismo ilegales, pero forman parte de esa situación revolucionaria en la que vive Ucrania desde primeros de año. De ahí que haya que insistir en la doble vara de medir de muchos gobiernos y analistas occidentales, pues tan revolucionaria e ilegal fue la toma del poder por parte de las nuevas autoridades de Kiev como revolucionarias e ilegales son las consultas del pasado 11 de mayo.

Partiendo de esta base, la pregunta puede ser: ¿y ahora qué? Pues es muy posible que la Ucrania que hemos conocido hasta la fecha ya no será la misma. Por de pronto, Crimea ha pasado a formar parte de la Federación Rusa, pese a su falta de reconocimiento internacional (algo no excepcional, por otro lado). A su vez, basta ver qué van a hacer las regiones del este mencionadas. De momento han proclamado su independencia y, en el caso de Donetsk, nada más celebrarse la consulta ha solicitado su ingreso en Rusia, siguiendo el modelo crimeo. Rusia no ha apoyado la táctica del referéndum, pero ¿qué hará ante la llamada a sus puertas? ¿Se comportará como en Crimea? Mucho me temo que la situación incomoda al Kremlin, aunque, por otro lado, con esas repúblicas sea incorporadas a Rusia, sea independientes y a la vez tributarias, Moscú mantendría sus aspiraciones a ese área de influencia tan deseada que ahora Kiev le quiere negar. En este sentido, parece bastante difícil que el gobierno de Putin se resista a acoger a la Nueva Rusia, denominación que dieron los zares a esta zona en el siglo XVIII, mermando aún más el territorio de la futura Ucrania.

¿Pero se conformará Ucrania con la renuncia a estos territorios, sabiendo que su ejemplo puede cundir en otras regiones del país? Por el contrario, ¿seguirá con su “política antiterrorista” enviando tropas a la zona? ¿Qué cantidad de territorio está dispuesta a ceder para evitar un enfrentamiento directo? Son preguntas todas ellas en estos momentos en el aire, pero que, según la respuesta, pueden complicar aún más la situación en la zona, no descartando la deriva hacia un estallido armado abierto, como ha sucedido en la mayoría de las revoluciones. Un conflicto, además, en el que muy posiblemente no se implicarían ni los miembros de la UE ni la OTAN, reduciéndose a una crisis regional. Al fin y al cabo, Ucrania no pertenece ni a uno ni a otro club, por lo que no puede esperar grandes ayudas. Por lo demás, a Rusia tampoco le interesa un incidente directo con ese país, pese a que posiblemente no dudaría en enviar armas y asesores a la zona en ayuda de la población rusófona. Sin duda, en ese caso Ucrania tendría todas las de perder, con una seria amenaza de desmembramiento y posible guerra civil en buena parte de su territorio.

12 de mayo de 2014